



Nuestro Conservatismo

QUE SIEMPRE ESTAMOS CONTRA TODO Y QUE
¿A FAVOR DE QUE, ES QUE ESTAMOS?

JOHN G. TOWER

John G. Tower, el primer Republicano elegido al Congreso de los Estados Unidos por el Estado de Texas responde al reto lanzado por los liberales norteamericanos con su reciente libro "Un programa para conservadores", en el que a los 35 años ha demostrado madurez política y filosófica al punto que ha llegado a ser uno de los voceros principales del resurgimiento conservador.

Los términos "liberal" y "conservador", por poco satisfactorios que sean, se usan en lenguaje diario para describir las persuaciones políticas básicas en los Estados Unidos de hoy. Deberían, sin embargo, ser definidos a la luz del uso popular en este país. Histórica y filosóficamente y en varias partes del mundo, los términos están sujetos a interpretaciones varias. El vocablo "liberal" ha tomado un sentido radicalmente distinto del que tenía en el siglo XIX. En realidad, la clásica definición del vocablo podría aplicarse más ajustadamente al conservatismo norteamericano del siglo XX que al que es ordinariamente caracterizado por ella. El liberal norteamericano moderno mantiene el concepto de que la autoridad coercitiva del Estado debería asegurar un nivel mínimo de vida a la ciudadanía en general. Esto podría alcanzarse por medio de altos impuestos, extensos gastos gubernamentales, y una economía dirigida necesariamente mantenidos por la concentración del poder en las manos del Poder Ejecutivo. Los gobiernos locales y estatales deberían desempeñar un papel cada vez más subordinado al del Gobierno Nacional. Por supuesto, muchos liberales privadamente sostienen la abolición del sistema Federal y el establecimiento de un sistema unitario. El liberalismo norteamericano, puede decirse, es básicamente "igualitario" en los medios, mientras que el conservatismo es básicamente "libertario" con énfasis en la máxima libertad individual e iniciativa privada.

El conservatismo norteamericano es esencialmente Burkeano en carácter, en que es evolucionario y constitucional antes que autoritario. Actualmente, el conservatismo norteamericano milita en contra del autoritarismo. Sir Edmund Burke, el gran parlamentario británico del siglo XVIII, reconoció tanto lo deseable como lo inevitable del cambio, pero razonaba que el cambio debería acomodarse dentro del andamiaje de las instituciones existentes. El concebía la sociedad como un contrato entre aquellos que viven, aquellos que han muerto y aquellos que están por nacer. Criticaba la Revolución Francesa mas era un defensor de la Revolución Americana primordialmente porque la Revolución Americana no marcó una radical separación de las instituciones británicas políticas y legales existentes, y Burke, siendo un decidido defensor de cier-

tas inherentes libertades del sistema constitucional británico, era consciente de que los Norteamericanos estaban afirmando derechos que habían llegado a esperar como Británicos. Mientras Burke era campeón de la libertad no patrocinaba la igualdad del sufragio. Le tocó a Thomas Jefferson el influenciar la evolución de la participación popular en cuestiones públicas.

Las contribuciones peculiares de Jefferson al moderno conservatismo Norteamericano fueron múltiples. El creía en un mínimo de intervención gubernamental en los asuntos de los ciudadanos, él decía: "El Gobierno mejor es el que gobierna menos". A este fin buscó también la preservación del sistema federal. Fundamental a este pensamiento del moderno conservador Norteamericano es la idea de que la primordial función del gobierno para con la sociedad es la de preservar el orden, basado en el concepto de que el hombre es por naturaleza, y debe ser, libre. Jefferson fue el gran patrocinador de ampliar la base de la participación popular en los negocios públicos por medio del sufragio universal.

El moderno conservatismo Norteamericano es la antítesis del autoritarismo. El conservador dejaría tanto al control popular en el área de la decisiones públicas como fuera posible. Acepta el principio Jeffersoniano de la amplia participación popular. Debe, sin embargo, oponerse a todo esfuerzo que intensifique la concentración de poder y decisión en las manos de unas pocas personas. Debe, por lo tanto, reaccionar en contra de los intentos de concentrar el poder y dejar demasiado a la voluntad arbitraria y la discreción de un hombre o de unos pocos hombres.

El es esencialmente "liberal" en la más clásica definición del vocablo. Coloca gran énfasis en la mayor preservación de la libertad individual y el derecho de escogencia, como prescribe lo menos posible a la autoridad coercitiva del Estado. La suya es una visión esencialmente optimista, que pone gran confianza en la habilidad del pueblo para tomar grandes decisiones que no sólo afectan su vida y destino individual sino también el destino del orden social. La libertad, entonces, viene a ser la dinámica del progreso humano en las esferas materiales, sociales y espirituales.

El conservador considera que es imposible divorciar la democracia económica de la democracia política y la libertad individual. La libertad y su concomitante, la democracia, forman un concepto social completo que abarca todos los aspectos de la sociedad humana no solamente los políticos. El derecho a poseer y explotar la propiedad, a disponer libremente o a traficar en el intercambio de bienes y servicios son tan básicos derechos humanos, como el derecho a la libertad de palabra, a la libertad de reunión, a la libertad de conciencia. El conservador norteamericano es por lo tanto un campeón de la economía capitalista, o sea, la economía regulada por el mercado, la democracia económica que complementa la democracia política.

No hay democracia como la democracia del mercado. Cuando un consumidor gasta un dólar, en realidad está depositando un voto, un voto que determina qué bienes y servicios la industria norteamericana producirá. Por lo tanto, la mayor libertad de escogencia que tenga la mayor influencia que ejercerá en el carácter de la producción. En otras palabras, así como un voto en una elección influye en las decisiones políticas, así también un dólar es un voto que influye en las decisiones económicas.

El conservador norteamericano tiene dificultad en presentar su caso por virtud del prejuicio anticapitalista que satura los escritos de los historiadores, en especial los de este siglo. Este prejuicio está bien descrito por el Profesor Hayek en su excelente obra: "El Capitalismo y los historiadores", en la que dice:

"Existe, sin embargo, un mito supremo que más que ningún otro ha servido para desacreditar el sistema económico al que debemos nuestra actual civilización y al examen del cual el presente volumen se dedica. El mito consiste en la leyenda del deterioro de la posición de las clases trabajadoras como consecuencia del surgimiento del "capitalismo". ¿Quién no ha oído los "horrores del capitalismo primitivo" y no ha tenido la impresión que el advenimiento de este sistema acarreó innumerables sufrimientos a las grandes clases que estaban tolerablemente contentas y confortables? Debemos justamente poner en entredicho un sistema al que se culpa que por un tiempo ha empeorado la posición de la más pobre y más numerosa clase de la población. La ampliamente diseminada aversión emocional hacia el "capitalismo" está íntimamente ligada a este concepto, que el innegable crecimiento de la riqueza que el orden competitivo ha producido, fue comprado al precio de la baja del nivel de vida de los elementos más débiles de la sociedad.

"Que este era el caso fue por un tiempo generalmente enseñado por los historiadores economistas. Un más cuidadoso examen de los hechos, sin embargo, ha llevado a una enérgica refutación de tal concepto. Con todo, una generación después de que la controversia ha sido decidida, la opinión popular todavía continúa como si el viejo concepto fuese verdadero. Cómo surgió esa creencia y por qué continúa influyendo aun después de haber sido refutada, son problemas que merecen un detenido estudio".

La perversión de la historia política y económica ha creado el clima de opinión que ayuda a los proponentes de la economía dirigida. Desnudando lo consciente o lo inconsciente de los editoriales de los historiadores, la prueba del árbol está en sus frutos. En realidad, la Revolución Industrial y la subsiguiente Revolución Económica han creado una vida mejor para los individuos a través de la civilización Occidental sin tomar en cuenta su posición socioeconómica. Desde el punto de vista del progreso material, ningún otro sistema económico ha gozado la medida del éxito del sistema capitalista. Ningún otro sistema ha tenido la vitalidad o ha sido tan productivo en ejecutorias nacionales. La conjunción del advenimiento del socialismo en la Gran Bretaña y su declinación como poder mundial no es fortuita, aun cuando la meta original del Partido Laborista en Inglaterra (la nacionalización de los medios de producción, distribución y cambio) no ha sido completamente alcanzada. Varias industrias básicas y servicios han sido nacionalizados y se han iniciado extensos programas benéficos que cuestan miles de millones más de lo originalmente proyectado y esto ha sido una tremenda carga en la economía Británica. Inglaterra se encuentra ahora en una posición competitiva difícil para con otros países, aun desde 1947. El profesor John Jewkes observa:

"El planeamiento central no es un método maduro de organizar el sistema económico sino, a lo mejor, el benevolente, mas anticientífico, chapuceo de unos pocos que tratan vanamente de decidir por muchos de los consumidores lo que estos consumidores pueden sólo decidir por ellos mismos. Es, por lo tanto, de esperarse que en las comunidades donde se han hecho intentos de imponer un plan central es donde habrán graves errores de producción y una abundante negligencia de las necesidades del consumidor. Esa ha sido la experiencia en la Gran Bretaña.

" si los recursos productivos son distribuidos por medio de las decisiones de unos pocos planificadores, ansiosos de ser nuestros padres y madres, en vez de por medio de las preferencias expresadas de cuarenta millones de consumidores en el mercado, existe apenas una infinitamente pequeña oportunidad para que se llegue a una correcta distribución. Es un juego anticientífico con todas las ventajas en contra del éxito".

Esta sucinta condenación puede aplicarse a cualquier sistema económico planificado.

Apartándose de los aspectos ideológicos y económicos, debemos hacer algunas consideraciones sobre política práctica. La causa conservadora sufre porque los conservadores generalmente no comprenden los procesos políticos y porque el vocablo "política" tiene, generalmente, un sentido peyorativo. Una de las más difíciles lecciones que darle a los conservadores es el hecho de que si ellos han de hacer algo constructivo, si ellos han de influenciar el curso de los negocios públicos, deben empuñarse en actividades políticas prácticas y efectivas. Seminarios y grupos de estudios pueden contribuir al pro-

ceso educativo del individuo. Hay un sitio para ellos. Gritar "slogans" en las esquinas de las calles, o imprimirlos en cartas o en los parachoques de los automóviles pueden servir para identificar la persuasión política del individuo. Escribir cartas a los Congresales puede influenciar a aquellos que no tienen convicciones profundas sobre el tema, mas, en un análisis final, el modo más efectivo es el de elegir individuos, de ideas similares, a los puestos públicos. Para esto, el conservador debe trabajar en una organización o dentro de la estructura de un partido político. Los grandes partidos políticos son los instrumentos generalmente aceptables de consulta popular. Este es un hecho que los liberales han reconocido desde hace mucho tiempo. Si los conservadores omiten reconocerlo continuarán encenagados en sus propias frustraciones.

Debemos comprender la naturaleza de aquello contra lo cual militamos. Es muy fácil clasificar a aquellos contra los que estamos en desacuerdo, a aquellos cuyos puntos de vista consideramos peligrosos, como Comunistas, rojos, o políticos mercenarios. El verdadero carácter del movimiento liberal debe ser profundamente comprendido si es que los conservadores han de seguir un curso efectivo de acción política.

Dominante en los negocios públicos en los Estados Unidos al nivel directivo está lo que puede llamarse el "Establecimiento Liberal", que está compuesto de intelectuales que son, en su mayor parte, bien intencionados pero que están poseídos de un pesado orgullo. Sufren de un complejo mesiánico. No están satisfechos con las instituciones políticas y económicas existentes que ellos consideran incapaces de sostener el reto de la era nuclear y del espacio y la Guerra Fría. Ellos razonan que la sociedad, al menos en sus aspectos políticos y económicos, debe ordenarse conforme las reglas de los principios cardinales de la buena administración, esto es, con las líneas claras de control y autoridad bajando a través de la estructura y las correspondientes líneas claras de responsabilidad subiendo a través de la misma.

Es obvio para nosotros que hay un resurgimiento conservador en el país, particularmente entre los jóvenes que ven la oportunidad escapársele entre los dedos. Los Norteamericanos son por naturaleza conservadores. Tienen una firme confianza en aquello que ha sido encontrado bueno. Son por naturaleza patrióticos y gozan del bienestar que el actual sistema económico les da al mismo tiempo que las libertades individuales que le acompañan. Se dejan arrastrar por las técnicas publicitarias de Madison Avenue solamente cuando no llegan a reconocer el grito del revendedor o cuando no tienen otro elemento competidor de su atención.

Los liberales han usado de esas técnicas mencionadas, efectivamente y bien. Han formulado programas que incitan la codicia y las debilidades de la ciudadanía. Sin evidencia histórica substancial que los apoye, ellos han argumentado el carácter progresista de estos programas y mantienen una promesa que es, por supuesto,

engañosa. Aquellos que recurren al emocionalismo y la demagogia para ofrecer ideas liberales y programas, se burlan de los conservadores como de ser antiprogresistas, sostenedores del "status quo", avariciosos e insaciables. Sus programas por otra parte son pintados como humanos y progresistas. ¡Cómo sangran por el bienestar del infortunado! Ellos en algunos casos, quizás sin intención, han perpetrado crueles y peligrosos engaños por medio de la creación de imágenes falsas. Tales imágenes deber ser destruidas.

Hacer que el mensaje conservador llegue efectivamente es vital para el éxito de la causa conservadora. Nuestro caso, por lo tanto, debe ser expuesto en términos racionales, medidos y atractivos. Debe de dar la debida atención a los hechos. El emotivismo debe ser usado para dramatizar lo que concebimos como verdad. Nuestro llamado debe llevar el timbre de la convicción. Esa es la misión, el deber, la función de las raíces conservadoras. El conservador tendrá que trabajar contra tremendas desventajas, mas no debe amilanarse. Al mismo tiempo, su celo debe ser atemperado por una comprensión de los procesos políticos prácticos de este país. Tiene tanto que ofrecer, por ejemplo, la confianza conservadora en el pueblo en cuanto está en oposición con el desprecio en que la institución de responsabilidad popular es tenido por el intelectual liberal. El mensaje conservador es uno que debería atraer a la ciudadanía en general como un antídoto del gobierno por petulancia, que es la orientación marcada de la política liberal.

En nuestra opinión, conservatismo es sinónimo de progreso. Hemos permitido por mucho tiempo ser puestos a la defensiva como negativistas, enemigos del progreso. Los liberales levantan el grito: "Ustedes están siempre contra todo; a favor de qué es lo que están?" Este cargo a menudo ha producido una nerviosa confusión en las filas conservadoras y ha precipitado la actitud defensiva que ha obligado a los conservadores a excusarse por las cosas en que creen o a modificar sus principios. Realmente, la atracción conservadora es una atracción afirmativa, porque nosotros patrocinamos lo que el tiempo y la experiencia han probado ser valioso, seguro y productivo. Puesto que, por ejemplo, la aplicación de la ciencia a la técnica de la producción, distribución y cambio ha llegado a formar parte de una economía capitalista.

Quizás es presuntuoso para uno que ha servido en el Congreso por tan corto tiempo el patrocinar un programa legislativo. Mas yo creo que debe haber una alternativa comprensiva en la que el conservador pueda plantar su tienda. Yo, por lo tanto, he ofrecido tal alternativa con la introducción de ocho proyectos de ley al Senado de los Estados Unidos. Hay muy poco de originalidad en mis propuestas, mas representan una acumulación del pensamiento político y económico y anteriores esfuerzos legislativos de muchos que son mayores y más sabios que yo.